

RAYA y CRUZ

Sí, ya lo sé que no guardaste cerdos.
Lo averiguaron los historiadores
y tuve que borrar de mis recuerdos
una fábula bella; estos señores
archisabios no se equivocan nunca,
y es el mejor el que más pronto trunca
los mitos vivos de los trovadores.

No, no guardaste puercos, y lo siento
en mis íntimas fibras de extremeño
si así no fué, por no venir a cuento
principio tal para tan grande empeño.

Que es la norma primera de mi gente
dársele un pito de lo congruente
mientras haya aventura, riesgo, sueño.

Por mi gusto diré siempre el porquero
de Trujillo, la sólida, la fuerte.
Para ganar blasón, de caballero
y jugar a los dados con la suerte
quédante dos envites a la gloria:
la raya que partió siglos de historia
y la cruz de tu sangre y de tu muerte.

Sin ninguna importancia

SIEMPRE he creído que el aprendizaje de la bicicleta es sumamente fácil. Al menos para mí lo fué y puedo declarar con noble orgullo que tanto mis nervios como mis buenas disposiciones para este deporte, quedaron contrastados en mis dos primeras sesiones.

Recuerdo perfectamente que era una noche de primavera. Lo que ya no puedo precisar son los motivos que me llevaron a reunirme con mis camaradas que en las afueras del pueblo y en el comienzo de una larga pendiente de la carretera, estaban ensayándose con una pobre bicicleta. Después de uno, el otro. Y sobre la luz lechosa de la luna contemplábamos cómo el camarada de turno se iba deslizandocarro abajo un poco ebrio; esta era la sensación. Cuando llegó mi vez no quise declarar por nada del mundo que iba a ser mi bautismo ciclista. Yo me había fijado que para empezar había que dar unos buenos pasos con el pie del mismo lado y llevar el contrario subido en el pedal. Así lo hice, pero yo no sé qué diablos me acometieron que dí en tierra con aquel armatoste y de paso se me rajó el pantalón. Me disculpé como pude y otra vez a la carga. Por fin, comencé a deslizarme y a tomar vuelo. Me di cuenta entonces que aquellos redomados perillanes habían elegido aquel sitio porque la carretera se apoyaba en un alto terraplén en cuyos fondos, a un lado y al otro, se veían rebrillar las aguas un poco cenagosas que estaban esperando refrescarnos.

Haciendo de tripas corazón traté de llevar la dirección sin violencia y mirando descaradamente a la lejanía, tal vez con el mismo aire que los malos poetas. Estoy bien seguro que algún santo de influencia debió rogar aquella noche por mí.

Solamente me alarmó muchísimo cuando pude observar que la bicicleta daba como algunas pequeñas coces. Más tarde pude saber que aquello se debía a que yo presionaba el freno sin darme cuenta. Un poco coaccionado por estas muestras de impaciencia, traté de acabar con aquella carrera, pero la bicicleta seguía deslizándose sin yo mover para nada los pedales. ¿Qué hacer? Frente a mí, sobre el borde derecho de la carretera se me ofrecía una rama de un árbol como un gran asidero.

Recordé que yo no era de los más torpes del gimnasio y me cogí con las dos manos a ella. Yo quedé meciéndome sobre el vacío con